

(«los poderosos», «los dueños», «los jefes»), ó de los signos exteriores de esta superioridad («los ricos», «los poseedores»; tal es el sentido de *arya*, que aparece también en el grupo eranio y eslavo). Sin embargo, muchas veces, un *rasgo típico del carácter* determina el epíteto, y este es el caso que aquí nos interesa. Se llaman, por ejemplo, «los verídicos»: así se designa la nobleza griega por boca del poeta megarense Theógonis. La palabra *ἔσθλος* significa «alguien que es» alguien que es real, que es verdadero; después, por una modificación subjetiva, el verdadero viene á ser el verídico: á esta fase de la transformación de la idea vemos que la palabra que la expresa viene á ser la contraseña de la nobleza, y toma en absoluto el sentido de «noble» por oposición al hombre «embustero» de la plebe, según le concibe y le describe Theógonis; hasta que por fin, cuando la nobleza declina, aquella palabra viene á significar la nobleza de alma, y al mismo tiempo algo de maduro y de endulzado. La palabra *κακός*, como la de *δειλός* (que designa al plebeyo por oposición al *ἀγαθός*) denota la cobardía: esto indica la dirección en que debe buscarse la etimología de la palabra *ἀγαθός*, que puede interpretarse de muchas maneras. El latino *malus* (que yo relaciono con *μέλας* «negro») pudo designar al hombre plebeyo de color moreno y de cabellos negros (*hic niger est*), al autóctono preario del suelo itálico, que se distinguía mucho, por su color, de la raza dominadora y conquistadora de los rubios arios. A lo menos, el gaélico me suministra un indicio semejante:—la palabra *fin* (por ejemplo, en *Fin-Gal*), término distintivo de la nobleza, y que en último análisis significa «el bueno», «el noble», «el puro», significaba antiguamente «el de cabellos rubios» en oposición al auctónono de cabellos negros. Los celtas,

dicho sea de paso, eran una raza en extremo rubia. Las zonas de población de cabellos negros, que en algunos mapas etnográficos de la Alemania hechos con algún cuidado se atribuyen sin razón á origen celta, como hace todavía Virchow, son más bien población prearia, que predomina en estas regiones. La misma observación se aplica á toda Europa. De hecho, la raza sometida adquirió el predominio con su color, su forma de cráneo y sus instintos intelectuales y sociales. ¿Quién nos garantiza que la democracia moderna, el anarquismo, todavía más moderno, y sobre todo esta tendencia á la *Comunne*, á la forma social más primitiva, al socialismo, no sean esencialmente sino un monstruoso efecto de atavismo, de tal modo que la raza de los conquistadores y señores, la raza de los arios, esté en camino de sucumbir por completo?... Creo poder interpretar el latino *bonus* por «el guerrero»: llevando *bonus* á su forma antigua de *duonus* (compárese *bellum = duellum = duenlum*, donde parece conservarse *duonus*). Según esto, *bonus* sería el hombre de la disputa, (*duo*), el guerrero: he aquí lo que constituye la bondad de un hombre de la Roma antigua. Y nuestra palabra alemana *gut* («bueno») ¿no significaría *der Goetliche* («el divino»), el hombre de origen divino? ¿y no sería sinónimo de *Goth*, nombre de un pueblo, pero primitivamente de una nobleza? Las razones en favor de esta hipótesis no pueden ser expuestas aquí.

6. Si la transformación del concepto político de la preeminencia en un concepto psicológico es la regla, no constituye una excepción el que la casta más elevada forme al mismo tiempo la *casta sacerdotal* y prefiera un título que designe sus funciones. De este modo, la oposición «puro» ó «impuro» sirvió primeramente para dis-

tinguir las castas; y allí se desarrolló más tarde una diferencia entre «bueno» y «malo» en un sentido ya no limitado á la casta. Guardémonos de atribuir á las ideas de «puro» é «impuro» un sentido demasiado riguroso, demasiado vasto, y menos todavía un sentido simbólico.—Todos los conceptos de la humanidad primitiva, comenzaron en un grado que no podemos imaginarnos, por tener un sentido grosero, bruto, sumario, limitado, y sobre todo, nada simbólico. La palabra «puro» designó sencillamente «un hombre que se lava», que se abstiene de ciertos alimentos insalubres, que no cohabita con las mujeres sucias de la plebe, y que tiene horror á la sangre y nada más. Por otra parte, la conducta característica de toda aristocracia sacerdotal indica cómo esta oposición de valores pudo espiritualizarse y acentuarse. Y en verdad logróse excavar entre los hombres tales abismos, que ni un Aquiles del pensamiento libre franquearía sin temor y temblor. Hay desde el principio algo de mórbido en estas aristocracias sacerdotales y en sus hábitos de dominio, hostiles á la acción, queriendo que el hombre, ora empole sus sueños, ora caiga en explosión de sentimientos, de donde parece derivarse esta debilidad intestinal y esta neurastenia que son inherentes á los sacerdotes en todas las épocas. ¿Y cómo no afirmar que el remedio que preconizaban era mil veces peor? Toda la humanidad está sufriendo las consecuencias de este tratamiento cándido. Basta recordar ciertas particularidades del régimen dietético (privación de comida), el ayuno, la abstinencia sexual, el desierto, (aislamiento á la Weismithell, por supuesto sin el engrasamiento y la superalimentación que le sigue, y que constituye el remedio más eficaz del ideal ascético). Añádase á esto la metafísica sacerdotal hostil á

los sentidos, á quienes hace perezosos y refinados; el hipnotismo por autosugestión que practican los sacerdotes á la manera de los fakires y de los brahmanes, obrando Brahma como botón de cristal ó idea fija, y el hastío universal y final, bien comprensible con la cura radical del sacerdote, la *nada* (ó Dios: porque la aspiración á una unión mística con Dios, no es más que la aspiración del budista á la nada, al Nirvana). Y es que en el sacerdote todo resulta más peligroso, no sólo la dietética y la terapéutica, sino también el orgullo, la venganza, la perspicacia, el desenfreno, el amor, la ambición, la virtud y la enfermedad. Sin embargo, justo es consignar que en medio de estos peligros *sacerdotales* comenzó el hombre á ser un *animal interesante*, y adquirió su alma la *profundidad* y la *maldad*, que son los atributos capitales que han asegurado al hombre la supremacía sobre todo el reino animal.

7. Compréndese ahora con cuánta facilidad se desarrollará la moral de los sacerdotes en sentido contrario al de la aristocracia guerrera; y se verificará el conflicto cuando ambas castas comiencen á envidiarse mutuamente y á disputarse el dominio. Los juicios de la aristocracia se fundan en una buena musculatura, en una salud floreciente y en lo que á esto contribuye: la guerra, las aventuras, la caza, la danza, los juegos y ejercicios físicos, y en general todo lo que implica una actividad robusta, libre y alegre. Muy al contrario en la clase sacerdotal; tanto peor para ella. Los sacerdotes son los enemigos *más malignos*; ¿por qué? Porque son los más impotentes. La impotencia hace crecer en ellos un odio monstruoso, siniestro, intelectual y venenoso. Los grandes vengativos, en la historia, fueron siempre sacerdotes; y nada puede compararse con el

ingenio que desarrolla el sacerdote en su venganza. La historia de la humanidad sería, en verdad, una cosa bien insípida sin el ingenio con que la amenizaron los impotentes. Pongamos el ejemplo más notable. Todo lo que en la tierra se hizo contra los «nobles», los «poderosos», los «amos», los «gobernantes», no puede compararse con lo que hicieron los *judíos*. Los judíos se vengaron de sus dominadores por una radical mudanza de los valores morales, es decir, con una *venganza esencialmente espiritual*. Sólo un pueblo de sacerdotes podía obrar así. Los judíos, con formidable lógica, echaron por tierra la aristocrática ecuación de los valores «bueno», «noble», «poderoso», «hermoso», «feliz», «amado de Dios». Y con el encarnizamiento del odio, afirmaron: «Sólo los desgraciados son los buenos; los pobres, los impotentes, los pequeños, son los buenos; los que sufren, los necesitados, los enfermos, los lisiados, son los piadosos, son los benditos de Dios; sólo á ellos pertenecerá la bienaventuranza; por el contrario, vosotros que sois nobles y poderosos, seréis para toda la eternidad los malos, los crueles, los codiciosos, los insaciables, los impíos, los réprobos, los malditos, los condenados»... Sabido es quién recogió la herencia de estas apreciaciones judaicas... Y recuerdo aquí lo que en otro lugar (*Más allá del bien y del mal*, af. 195) dije: «Que con los judíos comenzó la *emancipación de los esclavos en la moral*, esta emancipación que tiene ya veinte siglos de historia y que no podemos apartar de nuestra vista porque es victoriosa.»

8. ¿No comprendéis como una cosa necesitó de dos mil años para triunfar?... No es extraño: todo lo largo, es difícil de ver. He aquí lo que pasó: sobre el tronco del árbol de la venganza y del odio, del odio judai-

co, del odio más profundo y sublime que conociera jamás el mundo, del odio creador del ideal, del odio transmutador de los valores, del odio sin semejante en la tierra; del tronco de este odio salió una cosa también incomparable, un *amor nuevo*, la más profunda y la más sublime forma del amor. Pero no se crea que el amor se desarrolló sobre este tronco (único sobre el que podía desarrollarse), como antítesis de esta venganza y de este odio. Al contrario; el amor salió de este odio como su corona, como su corona triunfante, pero que en el nuevo dominio de la pureza, de la luz y de lo sublime, persigue los mismos fines que el odio: la victoria, la conquista, la seducción. Este Jesús de Nazareth, este evangelio encarnado del amor, este «Salvador» que traía á los pobres, á los enfermos y á los pecadores la bienaventuranza y la victoria; ¿no era él precisamente la seducción en su forma más irresistible, la seducción que por un rodeo había de conducir á los hombres á adoptar los valores judaicos? ¿El pueblo de Israel al herir al Salvador, su aparente adversario, ¿no hirió al verdadero objeto de su odio sublime? ¿No fué la oculta magia negra de una política verdaderamente grandiosa de la venganza, de una venganza previsorá, subterránea, lenta y calculadora, el poner Israel en la Cruz á la faz del mundo, al verdadero instrumento de su venganza, como si este instrumento fuese su enemigo mortal, á fin de que el mundo todo, es decir, los enemigos de Israel, tuvieran menos escrúpulos en morder el anzuelo? ¿Podría imaginarse un anzuelo más funesto y peligroso? ¿Qué cosa más seductora que este símbolo de la «santa Cruz», esta horrible paradoja de un «Dios crucificado», esta crueldad loca de un Dios que se crucifica. El mismo *por la salvación* de la humanidad?... A lo menos es cierto que